

LOS OTROS FRANCO

SONIA FRANCO

LOS OTROS FRANCO

Tres médicos de la misma familia, tres etapas de la historia de España, una única manera de entender la Medicina: el paciente es lo único que importa



Editorial Círculo Rojo
www.editorialcircularojo.com



Primera edición: noviembre 2014

© Derechos de edición reservados.

Editorial Círculo Rojo.

www.editorialcirculo rojo.com

info@editorialcirculo rojo.com

Colección *Novela*

© Sonia Franco

Edición: Editorial Círculo Rojo

Maquetación: Elizabeth de la Cruz Granja

Fotografía de cubierta: © Fotolia.es

Diseño de portada: © Antonio López Galdeano

Producido por: Editorial Círculo Rojo.

ISBN: 978-84-9095-010-4

DEPÓSITO LEGAL: AL 1184-2014

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna y por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación, en Internet o de fotocopia, sin permiso previo del editor o del autor. Todos los derechos reservados. Editorial Círculo Rojo no tiene por qué estar de acuerdo con las opiniones del autor o con el texto de la publicación, recordando siempre que la obra que tiene en sus manos puede ser una novela de ficción o un ensayo en el que el autor haga valoraciones personales y subjetivas.

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).»

IMPRESO EN ESPAÑA – UNIÓN EUROPEA

*Para María Antonieta, mi madre, mi pilar, mi amiga. Sin ella, mi padre,
el gran protagonista de este libro, no hubiese sido ni la mitad de grande.*

*Para mi sobrino Dani, que no llegó a conocer a su abuelo Antonio. Ojalá
estas páginas le sirvan para quererle y admirarle.*

“En su consulta derrochaba un humanismo nada habitual. Los enfermos que acudían a él no sólo encontraban a alguien que los escuchaba, sino que se preocupaba por sus familias, su situación social, su trabajo, su alimentación, sus ratos de descanso o lugares de veraneo, y lo que era aún más importante, alguien que los curaba. El interés que se tomaba en rastrear esos aspectos hacía que no fuera infrecuente que quienes acudían a él le considerasen prácticamente de la familia”.

Gregorio Marañón, radiografía de un liberal. Antonio López Vega.

“Tengo las manos vacías de tanto dar sin tener, pero son las manos mías”.

Manuel Machado

PRÓLOGO

*“Un soneto me manda hacer Violante
y en mi vida me he visto en tal aprieto...”*

Violante es mi sobrina Sonia y yo soy Mari Franco, al parecer la última de la saga de los Franco médicos. Y el aprieto es porque yo, además de ser médico, tengo lo que se conoce como *avanzada edad* y escribir, lo que se dice escribir, sólo ha sido una novela que seleccionó el Planeta como finalista, en el año en que tuvo a bien premiar al Señor Sánchez Dragó, dejándome a mí sin el sabroso premio que tan bien me hubiera venido. Es decir, que nunca he prologado nada.

Efectivamente, si alguno de los nietos más pequeños de mi hermano Antonio Franco no decide hacerse médico, la aventura terminará conmigo.

Es evidente que los médicos que describe Sonia en este libro son diferentes a los médicos actuales. Son seres humanos llenos de los mismos defectos que los de hoy, pero ellos tenían una forma distinta de relacionarse con los pacientes. Según lo que voy viendo, estos médicos de ahora tienen una preparación científica muy superior a la de nuestra época, y ello se debe a los avances que ha experimentado la Medicina que, de ser un Arte, ha pasado a ser una Ciencia casi

exacta. Por eso ahora la gente se muere a los ochenta años y no a los setenta, pero eso sí, ahora ni te miran la lengua ni tienes que decir 33, ni siquiera te tocan. Ahora casi no te ven porque están mirando la pantalla de un ordenador. Y la verdad es que se echa de menos la sonrisa de un médico, la mano que aprieta la tuya cuando sufres y las palabras de ánimo.

Las vidas que aquí se cuentan representan la historia de unos hombres que se entregaron a su profesión con entusiasmo, con fe y sobre todo con amor a lo que hacían y a los enfermos que tenían que ayudar.

Yo estudié Medicina porque mi abuelo Antonio —el primer médico de la saga— me dejaba acompañarle cuando visitaba a sus enfermos en el pueblo. Yo tenía cinco años. Allí aprendí a tomar el pulso y por eso supe que él padecía del corazón. Su pulso era distinto.

—Es un secreto, no digas nada—, me pidió.

Después me dediqué a la Hematología y más tarde ejercí de pediatra; era muy popular porque llenaba a mis enfermitos de caramelos.

Y ahora no me acuerdo de nada. La memoria se diluye como el azúcar en el agua. De lo que sí me acuerdo es de que los tres Antonios de esta saga fueron admirables y quisieron a sus pacientes como si fueran sus familiares.

Yo espero que, por lo menos, el fonendoscopio, no desaparezca del todo, y que en algún domicilio todavía se le sirva una copita de jerez al médico antes de que se vaya...

Mari Franco Granado

INTRODUCCIÓN

Querido Papi:

¡Ya está! ¡Por fin hemos acabado el libro! Te confieso que el día que lo empecé no las tenía todas conmigo.

Me senté con un bloc de notas en la terraza de tu casita en el Pantano del Burguillo. Era un día de septiembre, de esos en los que el viento del Norte sopla con fuerza. Intenté imaginar qué fue lo que sentiste cuando llegaste por primera vez al Pantano, tu sitio favorito en el mundo, cuando eras un estudiante de Medicina. Me esforcé por visualizarte corriendo por los pasillos de la casa de Velázquez, mientras tu padre pasaba consulta. O tratando de responder a las mil y un preguntas de tu abuelo, que a pesar de ser una eminencia como médico, siempre tuvo tiempo para sus nietos.

—¿Por qué no lo escribes tú, Sonia?—, me dijiste.

¿Te acuerdas?

En principio, pensabas hacerlo tú. ¡Qué mal llevaste lo de pasar de médico a paciente! Tú, que siempre te volcaste con todo el mundo, te sentías profundamente maltratado. Te dolía que en el Gregorio Marañón, el hospital en el que ejerciste durante toda tu vida, te tra-

tasen como a uno más. A veces incluso con desprecio. Así que te propusiste novelar la evolución de la relación médico-paciente en el siglo XX y lo que va del XXI a través de las tres generaciones de médicos de tu familia: Antonio Franco II, Antonio Franco III y Antonio Franco IV. Tu abuelo, tu padre y tú mismo, sin olvidar a tu hermana Mari, que ha prologado este libro. Pero la enfermedad te fue mirando poco a poco y se te quitaron las ganas de pelear con el ordenador.

Fueron muchas las tardes que pasé a tu lado, bolígrafo y grabadora en mano, escuchándote hablar del pasado.

—Ven, que tengo mucho que contarte hoy—, me decías, nada más verme entrar por la puerta.

Yo soltaba los bártulos y me sentaba junto a ti. Feliz de verte tan motivado con nuestro proyecto. Contenta de que mis preguntas te diesen algo en que ocuparte mientras la enfermedad avanzaba.

Fue todo un privilegio, Papi. Y no sólo porque escucharte contar las historias de mis antepasados me han ayudado a saber más sobre quién soy. También me permitieron preguntarte con total libertad sobre aspectos de tu vida de los que un padre no habla con un hijo. O sobre tus sentimientos. Y esto me hizo sentirme aún más cerca de ti, admirarte todavía más. Quererte más no, porque es imposible.

Las páginas de este libro se iban llenando de historias al tiempo que yo descubría a unos hombres, los Antonios, que tenían mucho en común. Naturales y bromistas, polifacéticos y juerguistas, encantadores y con una personalidad magnética, interesados genuinamente por las personas, comprometidos con diferentes causas, un pelín exhibicionistas, muy coquetos, grandes amigos... Muchas de estas características las comparten con los Antonios Franco no médicos de esta saga. Antonio Franco I, el carpintero que se empeñó en que su hijo mayor fuese médico. Y Antonio Franco V, mi hermano, un gran empresario al que nunca le interesó la Medicina. ¡A veces me recuerda tanto a ti, Papi!

Los capítulos de tu abuelo y tu padre no resultaron tan difíciles porque tú estabas ahí para guiarme. Al fin y al cabo, se trataba de contar lo que tú recordabas sobre ellos, aderezado con las evocaciones de tus hermanas. Cuando estuvieron listos, los leíste con avidez:

–Me gusta cómo cuentas esto, está muy gracioso–, decías, levantando la vista y sonriéndome.

–Yo metería lo de Tía Prudencia, aunque no venga a cuento.

–Pero eso no lo apuntes, qué más dará...

Entonces llegó la hora de escribir sobre ti. Nunca te lo dije, pero yo sabía que no podría hacerlo mientras estuvieses. El momento llegó. Una cuartilla en blanco, montones de recuerdos, emociones disparadas... Pero había que hacerlo. Te lo debía.

Sólo había una manera de afrontarlo: despegándome al máximo, desgranando los hechos como si no fuesen conmigo. Aún así, en muchos momentos las lágrimas no me dejaban seguir.

–Jo, papi, menudo marronazo.

Entonces recordaba tu buen humor, tu empeño en buscar siempre el lado positivo de las cosas. Y no me quedaba más remedio que sonreír y tirar para adelante.

No he estado sola. Son muchas las personas que me han contado cosas sobre ti, sobre todo de tu faceta como médico, a lo largo del proceso. Y ni te imaginas el cariño con el que lo han hecho.

A veces, mientras escribía, me paraba en seco, a menudo porque me encontraba con dos versiones distintas sobre un mismo episodio.

–¿Estarás de acuerdo con que cuente esto así?–, te preguntaba.

Entonces me acordaba de que siempre me apoyaste en todas mis decisiones, aunque no siempre te pareciesen bien. De que toda la vida me dejaste cometer mis propios errores sin entrometerte. De

que te sentías orgulloso de mí incluso en los momentos en que ni yo creía en mí misma.

—Al fin y al cabo, siempre quisimos que fuese una novela, no una biografía exhaustiva, ¿verdad, Papi?

Finalmente, lo doy por acabado. Lo releo y veo el retrato de una saga de médicos humanos y humanistas, de esos que a veces salen en las películas y nos hacen suspirar deseando encontrarnos con alguien así cuando lo necesitemos. Médicos que sufrían con el enfermo al coger su mano. Que eran capaces de diagnosticar mirando a un paciente a los ojos. Que consolaban a la viuda y a los hijos. Que conocían el valor de dejar hablar a las personas y los beneficios de saber escucharlas. Que dedicaban el tiempo que hiciese falta a cada cual, aunque eso exigiese dejar la consulta de madrugada. Que se olvidaban de sí mismos en el ejercicio de su profesión porque habían jurado dedicar su vida a los demás. Que disfrutaban con lo que hacían. Que se olvidaban del tiempo y, a menudo, también del dinero.

El resultado era que vuestros pacientes os adoraban. Hoy, de adoración, ni hablamos. Los médicos humanos existen, pero no se les ve porque el sistema los aplasta. La visión antropocéntrica de la Medicina, en la que todo gira alrededor del enfermo y su circunstancia, ha pasado de moda. La medicina personalizada que los Franco defendíais, la que centra los diagnósticos y tratamientos en las particularidades biológicas, fisiológicas y metabólicas de cada enfermo, ha dado paso a una Medicina en la que todo se basa en caras pruebas diagnósticas.

¿Recuerdas la biografía de Gregorio Marañón que tanto te gustó? ¿Y aquel párrafo, que me dejaste subrayado, sobre el peligro de la excesiva especialización y tecnificación de la Sanidad? “Deshumaniza la medicina; y una medicina deshumanizada es un engendro teórico y un grave peligro para los enfermos”, decía.

Cuando este libro sale hacia la imprenta, Papi, España vive un momento convulso: no está claro si esa Sanidad universal y gratuita

que tanto costó conquistar podrá sobrevivir en el futuro. El rápido envejecimiento de la población y una gestión deficiente de los recursos, que ha puesto en peligro la viabilidad financiera del sistema, nos han traído hasta aquí. Las primeras experiencias privatizadoras han mostrado los peligros de estas reformas, así como las desgracias que puede traer consigo el clientelismo de los políticos en un aspecto tan importante para la sociedad como la Sanidad.

El modo en que saldremos de ésta no está nada claro. El debate entre los negacionistas –los que creen que a nuestro sistema sanitario no le pasa nada, que sigue estando entre los mejores del mundo y que las aguas volverán a su cauce– y los pesimistas –que consideran que el sistema ya ha quebrado y sólo si se privatiza parcialmente podrá sobrevivir– está en la calle. Una tercera corriente, que hay quién llama de los aristotélicos –por aquello de que en el punto medio está la virtud–, considera que nuestro sistema se puede salvar si se hacen las reformas necesarias para apuntalarlo. La clave está en el modo en que se hagan estas reformas y en su coste para el sistema.

–¿Cómo es posible que muchos grandes médicos de los que trabajan en la Sanidad pública española malvivan como mileuristas?–, te preguntabas.

–¿Cómo se puede haber perdido así el respeto de los pacientes por los médicos y del personal sanitario por los enfermos?

Tú tenías tus propias respuestas, sí. Y yo he sacado mis conclusiones a través de mis lecturas y mis conversaciones con otros médicos. Pero en este libro no hay ni diagnósticos ni recetas sobre lo que pasó, pasa o pasará en la Sanidad española. Lo que sí hay son pinceladas de historia, una historia vivida por los médicos de esta familia en primera persona, que quizá permitan al lector entender mejor el momento en que vivimos.

También hay mucha grandeza. Porque, del primero al último, los Antonios Franco han ido tejiendo las biografías de una saga de gran-

des médicos, sí, pero también la historia de grandes hombres, que tuvieron la suerte de vivir la vida con mayúsculas y a su manera. No he tenido que edulcorar ni un ápice vuestras vivencias, las de los otros Franco, para hacerlas más amenas.

Hemos llegado al final, Papi. Sólo espero haber conseguido que estas páginas os hagan justicia a vosotros, sus protagonistas.

Sonia Franco Pendás

PRIMERA PARTE

ANTONIO FRANCO MARTÍNEZ

ALBURQUERQUE (BADAJOZ) 1878 - BARCA-
RROTA (BADAJOZ) 1955

CAPÍTULO 1

TODO EMPEZÓ EN UNA CARPINTERÍA

Antoñito salió corriendo de casa, sin haber acabado de masticar el último trozo de pan. Les esperaba una dura tarde de trabajo y no quería hacer esperar a su padre. El sol quemaba de lo lindo, como sólo lo hace en las tardes de verano extremeñas en las que no corre ni una pizca de aire, pero a él parecía darle igual. No tardó en llegar a la carpintería, sin apenas resuello.

Entró sin hacer ruido y se paró a un metro de la puerta, disfrutando del frescor, la oscuridad y el olor a serrín que tanto le gustaba. Su padre, Antonio Franco, hablaba con una clienta, mientras el oficial, el Maestro Gamarra, miraba de reojo la escena, a la vez que pulía una puerta de roble.

Se trataba de Doña Julia, una de las señoras más adineradas y cursis de Badajoz, que se paseaba por ahí como si la ciudad fuese suya.

—Don Antonio, que la artesa que le encargué se menea y las criadas se me marean.

—¿Qué se menea Doña Julia? ¿Has oído eso amigo Gamarra? Dice que se menea—, contestó el carpintero con aire de sorpresa.

—Lo que oye, Don Antonio, lo que oye. Algo hay que hacer.

—Por supuesto, Doña Julia. No se apure, que Gamarra y yo sabemos lo que nos hacemos.

Franco, tras guiñarle un ojo a su airada clienta, agarró a su ayudante por el hombro, y ambos empezaron a bailar a su alrededor, a la vez que cantaban al unísono “con el meneo, con el vaivén, me vuelvo loca y no sé de qué”.

Antoñito sonrió. No era la primera vez que presenciaba una escena como aquella. Ya sabía lo que venía después: Doña Julia saldría de la carpintería desconcertada y proclamando a los cuatro vientos que no había quién pudiera con Antonio Franco, que se lo tomaba todo a guasa. Pero al tiempo volvería. Los clientes aguantaban sus bromas de buena gana porque sabían que siempre podían contar con él si le necesitaban.

Antoñito se fue hasta el fondo de la carpintería y abrió un cajón. Sacó una cuña de madera y salió corriendo.

—¡Doña Julia, Doña Julia!

Ella se giró, sorprendida. Tenía la cara arbolada, tanto del calor como del sofoco.

—Ah, eres tú, Antoñito. ¿Qué quieres?

—Tenga usted.

—¿Qué es esto?

—Es una cuña. Si usted la pone debajo de la artesa, verá que bien. Seguro que lo único que pasa es que el suelo de su casa está desnivelado.

—Qué cosas tienes, Antoñito. Pero, si eres tan listo como dicen, mejor lo pruebo.

—Hágalo Doña Julia.

Antoñito volvió a la carpintería sonriendo. Su padre y Gamarra celebraban la broma con grandes risotadas.

Antoñito admiraba a su padre y se sentía muy orgulloso de llamarse como él. Había heredado sus ojos, grandes y claros, y su aspecto corpulento, pero deseaba llegar a tener también el mismo porte distinguido y su chorro de voz, profunda y autoritaria. Aspiraba a ser igual de buen carpintero. Y, ante todo, quería tener un apodo tan elegante como el suyo: el *Castelar de las Tabernas*, el hombre que siempre tenía la última palabra en las tertulias.

Franco, sin embargo, quería algo mejor para su hijo. El único varón entre dos hermanas, Antoñito se había mostrado encantado de aprender el oficio y su padre se sentía orgulloso de él y de sus habilidades. Él, sin embargo, siempre se mostraba humilde y dispuesto a mejorar cada día un poco más.

Pero todo había cambiado hacía tan solo unas semanas. Cuando Antoñito les había anunciado que dejaba la escuela para trabajar a tiempo completo en la carpintería, Don Servando, el maestro, y su esposa Doña Teodora, comadrona y profesora suplente, decidieron que tenían que hacer algo. Desde muy pequeño, Antoñito había despuntado por su curiosidad, sus sagaces preguntas y su prodigiosa memoria, y Don Servando creía que Badajoz no andaba tan sobrado de talento intelectual como para dejarlo escapar entre serrín. Así que, con su mujer y el cura como aliados, decidió convencer a Franco.

—Don Antonio, su hijo tiene que estudiar.

—¿Qué quiere usted decir, Don Servando? Para ser buen carpintero, no hacen falta muchos libros...

—Quiero decir que no debería ser carpintero. Es demasiado inteligente, mejorando lo presente. Puede ser lo que se proponga en esta vida. Por ejemplo, médico.

Franco rumió aquella conversación durante días. Necesitaba a su hijo en la carpintería y la familia tenía lo justo para ir tirando. Pero si realmente podía aspirar a un futuro mejor, había que intentarlo y hacer los sacrificios necesarios.

A Antoñito no le gustó la idea.

—Padre, usted me necesita aquí. Gamarra se está haciendo viejo y yo tengo ideas para ampliar el negocio. Deberíamos dedicarnos a trabajar la caoba y a venderles muebles buenos a las señoras como Doña Julia. Los he visto en los libros.

—A eso es a lo que te vas a dedicar, hijo: a los libros. Vas a estudiar duro y a olvidarte del serrín que se te mete en la garganta. Y de la tos, que sólo se pasa con tragos de vino. Vas a ser médico. El mejor.

—Padre, no. En Badajoz uno sólo puede estudiar para maestro.

—Estudiarás el bachillerato en Badajoz y Medicina en Sevilla. Y no se hable más.

En la España de la Regente María Cristina de Habsburgo, la segunda esposa del fallecido Alfonso XII, sólo estudiaban los ricos. España vivía una profunda crisis, al igual que el resto de Europa, y el hambre azotaba a las clases populares. Para cuando llegó el año 1893 y Antoñito acabó el bachillerato, tras varios años de compaginar la carpintería con la escuela, su padre apenas había ahorrado para mandarle a Sevilla.

Con un par de mudas en una desvencijada maleta y varios trozos de pan y queso, Antonio Franco Martínez salió de Badajoz con un nudo en la garganta y el corazón repleto de sueños. Había llegado la hora de dejar atrás a Antoñito para siempre.